Cuentiembre - Hilda Guzmán Montelongo

Hilda Guzmán Montelongo

Capítulo 1

EL SUEÑO

Soñé que me había muerto. Que me había muerto tranquila, sin gritos ni llantos. Soñé que aunque ya estaba muerta como que me despertaron unos golpes, fuertes, retumbantes. Estaba muerta y no acababa de entenderlo. Me despertaron, según mi sueño, los golpes en la puerta.

¿O era yo que golpeaba la tapa del ataúd?

1 de noviembre

Capítulo 2

LA SIMULADORA

¡Ay, Valentina Alexeevna!, a veces es mejor estar sola.

Mire, la semana pasada me tocó atender en el hospital a una abuelita de más de 80 años. No le voy a decir el nombre, pero es lo único que le quitaré a la historia. La viejita que le cuento fue internada con un montón de traumas que le provocaron a puñetazos su propio marido y sus dos hijos. Las tres bestias esas son alcohólicos a los que ella ha mantenido toda la vida. Con decirle que los dos retoñitos andan ya en los cincuenta y nunca han movido un dedo y si lo hicieran, sería solo para alcanzar la botella… Ella se había sentido mal unos días antes y les dijo que seguramente ya le tocaba morirse y se acostó a esperar el momento mientras los hombres seguían bebiendo, ahora con un nuevo pretexto: la sentida muerte de su mantenedora. Estuvo con mucha fiebre unos días, no sabe cuántos exactamente, a veces sentía que ya estaba en el otro mundo y otras como que volvía y escuchaba los brindis que se hacían por el merecido descanso de su alma. Finalmente abrió los ojos y entendió que ninguno iría a llamar ni al médico ni al sacerdote, así que como buena hembra rusa, se obligó a levantarse y les dijo que iba a ver los precios de los ataúdes. A los hombres, que se les había terminado el vodka hasta la última gota, les dio un ataque de risa y le empezaron a lanzar pullas y a acusarla de simuladora. A los pocos minutos a uno de los hijos se le prendió el foco: si la madre quería ver precios era porque tenía algo de dinero, así que comenzó a mendigarle una botellita. Ella se negó porque sabe que son capaces de beberse hasta el último kopek y cuando no estás segura de si te vas a morir o no esta semana, pues hay que pensar en cómo llegar a fin de mes. Al final se lo quitaron todo y no la mataron a golpes porque los vecinos vinieron en su ayuda. En la policía dijeron que no se acordaban de nada y la viejecita no quiso poner una denuncia formal “para no pasar vergüenzas ante la gente”. A mí me lo contó porque me tomó confianza mientras la atendía en el hospital y lo hizo con tanta gracia, que me hubiera reído si no le hubiera estado curando las heridas. No la he vuelto a ver desde que la dieron de alta.

Así que alégrese, Valentina Alexeevna, de estar sola.

2 de noviembre

Capítulo 3

LEJANIA

Las paredes azuladas de mi dormitorio son lo único colorido en este día. Después del aguacero todo alrededor rezuma pequeñas gotas y en mi lecho las almohadas y las sábanas también parecen húmedas. El aleteo de los canarios en las jaulas me hace recordar que me soñé murciélago suspendido del techo de tu casa y mi cuerpo todo percibía el resonar de tu murmullo y la calidez de tu respiración, no te busqué en la dulzura de la noche porque sabía que en dado caso mis orejas ensordecerían, mis alas se desgarrarían…

3 de noviembre

Capítulo 4

SUEÑOS INUTILES

Confieso que me agrada más soñar mis viejos sueños, donde no existe tu presencia oculta a mis ojos. Me gusta, por ejemplo, soñar con el eco de campanas bajo la bóveda de un zaguán fresco y de paredes tan blancas que centellean reflejando la luz del día. Puedo mirarme también caminando por avenidas igualmente luminosas y perderme en el bullicio de la multitud que todo lo tienta y todo lo ojea. En ocasiones, la gente me abandona frente a una puerta que conduce hacia calles terregosas en las que se siente el frescor de la madrugada y se escuchan desde los corralones de adobe los suspiros profundos de las vacas al despertar; entonces creo descubrir que eso es parte de la nostalgia no contada por mi abuela y la veo sentada en el atardecer, trenzando sus cabellos grises, larguísimos, allí donde el sol vuelve como de cobre los muros de barro.

Mi abuela decía que la gente que tiene la memoria rebosante de fragancias jamás sufre de pesadillas. La mía se alimenta de ruidos: a veces de trinos, otras de susurros, de roces y rumores, de zumbidos y silbidos, de letanías y cadencias; pero lo que más agita ahora mis recuerdos es la lluvia en la ventana y el viento entre los árboles renegridos. Y no importa si me arrulla su ligero y húmedo murmullo o si duermo bajo su estruendo, de cualquier forma es inevitable mi desandar hacia los tiempos en que la única apetencia mía eran tus abrazos. ¿En dónde se concilian los sueños que no son la repetición de mis desatinos?

Hay noches en que de pronto logro convertirme en difunta y desde el sosiego casi total intento observar tu lejanía. La calma es breve: resulta que bajo la tierra las gotas de lluvia son como pisadas de gigante sobre mis huesos y al pensar que la resonancia de tu voz será insoportable, despierto nuevamente a tu ausencia.

4 de noviembre

Capítulo 5

LA TORRE

Me dijo que yo iba a estar sentada como una reina mirando pasar a la gente. Que para ocupar ese lugar se hacía un concurso en el que las medidas eran muy importantes, igualito que en el de las misses. No se puede ser gorda ni muy alta, pero tampoco muy bajita. Mi figura era ideal. También dijo que iba a estar dentro de una torre de cristal, no muy grande, pero torre al fin, y que todo sería muy fácil, como si estuviera viendo la tele en mi casa.

Aunque pequeña, la torre tiene muchas cosas: dos pantallas grandes, teléfono (pero no se puede llamar afuera), botones y palancas de diferentes colores y altavoces para hablarles a los que van pasando si hace falta. Me lo mostraron todo un domingo. Me sentaron junto a una enorme boca de túnel y me enseñaron a mirar a la gente en las pantallas. ¿Para qué entonces se podía ver a través de las paredes?, pregunté. Una tradición, respondieron.

Yo me eché a llorar cuando ella vino a recogerme después de 8 horas y le pedí que no volviera a dejarme ahí. Que era horrible tener que quedarme quieta durante tantas horas con los pies entumidos y que me daba miedo no poder aguantarme sin ir al baño tanto tiempo. Me regañó. "¿Que no entiendes que es para bien de todos? ¿Qué haremos sin el dinero que van a pagarnos por tenerte allí?", dijo, y yo sentí vergüenza de haber llorado.

No soy la única. Frente a la boca de túnel, paralela a la mía, se halla otra cabina (ahora sé que es una cabina y no torre). Creo que ella es más pequeña que yo, esa impresión me ha dado las veces que he podido mirarla, que no han sido muchas porque en cuanto miro hacia otro lado, suena el teléfono y una voz me grita para recordarme que me tienen ahí para mirar las pantallas.

Tanto mirar fijamente y el traqueteo del mecanismo que acerca o aleja a los que pasan me dan sueño. Ese es mi mayor problema: luchar con la modorra. Si cabeceo, aunque sea un poquito, el teléfono volverá a sonar y luego a la salida, cuando ella venga por mí, le dirán que esta quincena no tendremos el sueldo completo. Ya nos pasó así una vez. Entonces ella se puso furiosa y me dijo que no sirvo para nada, que mejor hubiera sido mandarme a un asilo.

5 de noviembre

Capítulo 6

UN MENSAJE

Para: a_verochka@rambler.ru

Asunto: de tu ahijadita, algo urgente

Como mamá y mis hermanas están de vacaciones, por eso te escribo a ti, porque no sé por dónde empezar. Acaban de llamar de la policía para informarnos que *ayer fue encontrado muerto en el bosque, supuestamente por las bajas temperaturas de estos últimos días*. Así lo dijeron, textual. Yo creo que si me lleva mi abuela ni siquiera podré reconocerlo. ¿O eso de ir a la morgue y decir "sí, es él" pasa solamente en la tele? Bueno, tal vez si se lo cuento a mi abuela, ella decida que no debo ir. La policía piensa que él llevaba mucho tiempo viviendo en el bosque, aunque lo encontraron en algo que apenas llegaba a campamento. ¿Crees que vivía ahí por gusto? ¿Sabías que de jóvenes mamá y él estuvieron en una comunidad como de hippies? Eso me lo contó mi abuela hace mucho y también me explicó que era muy sucio y que nuestro apartamento era un chiquero por culpa suya, así que un día a mamá se le acabó la paciencia (palabras textuales de la abuela). Bueno, seguro que yo sé menos que tú porque a ti mamá te lo cuenta todo, mucho más que a cualquiera de nosotras. Mamá dice que eres como la hermana que no tuvo. Yo, la verdad, no me la imagino, así como es: alta, siempre arreglada, con esa su forma de hacer todo bien, al lado de ese viejo de barba y pelo largo y descuidado, que es el recuerdo que yo tengo de él. Yo era una mirruña cuando él se fue, tal vez por eso no puedo acordarme ni del color de sus ojos. En fin, ya estoy como esos que no saben que los emails no son cartas :-o

Escríbeme pues y dime qué hacer. O llámame porque la verdad, me da pena aguarle las vacaciones a mamá. O mejor todavía, ven a visitarme y de paso te cuento un secretito que tengo ;)

Hasta pronto :-*

6 de noviembre

Capítulo 7

UN DIA

Me levanté tarde. No había tiempo ni para el café. Sabía que muchos habrían madrugado y salí apresuradamente. En la estación del metro la multitud me envolvió. Mientras me deslizaba en la escalera hacia los túneles iluminados, repasé como siempre los mosaicos de la cúpula: rubicundas campesinas de traje típico, dorados trigales, un lejano bosque de esbeltos abedules y un sol esplendoroso pendían sobre nuestras cabezas. Al salir de la escalera me di cuenta de que no había tomado todos los documentos y tuve que volver por los que faltaban. Total que en la oficina me fue asignado el número 581. ¡Como para quedarse a vivir ahí una semana!

Me fui a pasear un poco por los alrededores. Algún "atinado" funcionario decidió en su momento instalar la oficina en un barrio periférico, donde nadie viera nuestro ir y venir tras un empleo. Los edificios del barrio son viejos, de materiales baratos y de cinco pisos, de esos casi abolidos en Moscú. Los tonos grises de sus fachadas se entretejen entre abedules, pinos y álamos. En los bancos de madera, que al estilo de la época soviética conservan junto a la entrada de cada edificio, había ancianos sentados dejando correr el tiempo. Sólo entonces noté que aunque el cielo seguía gris, había llegado la primavera. ¡Quién fuera uno de ellos para pasar los días así!, estuve a punto de exclamar, pero me encontré un grupo de barrenderos y al ver que entre ellos iba uno de bastante edad, recordé que ahora la pensión es para morirse de hambre y que los abuelos de los bancos son aquellos que ya a nadie le hacen falta.

Me pareció notar cierta suspicacia cuando me quedé un momento observando la rapidez con que limpiaban toda la suciedad que había aflorado al derretirse la nieve. Quizás creyeron que me estaba "preparando" para hacer lo mismo en unos días.

Seguí una vereda más alejada de los edificios y de la gente. No llevaba nada para leer, así que me entretuve mirando el ajetreo de los pájaros entre los árboles. Como en los cuentos, me sentí tentado por su vida fácil: sin tanta burocracia, sin hostilidad por los pequeños privilegios, sin inmigrantes ni nacionalistas, sin deber nada por una habitación, sin la obligación de enviar a la familia dinero cada mes… Acabé riéndome de mí mismo cuando imaginé ser un pájaro que tirita de frío en los bosques nevados.

Al regresar, una hora más tarde, me dijeron que estaban atendiendo al 71. La gente no se veía muy animada, se acercaba la hora de la comida y

los empleados no habían despachado ni a los primeros cien. Dudé un poco: para comer tendría que volver a mi casa, hora y media de ida y vuelta. Decidí esperar. No fui el único que no se dio por vencido. Ni siquiera intenté contarlos, éramos bastantes. Había paisanos entre ellos, pero preferí no acercarme. Ahí cada uno vela por su interés.

A las tres los empleados reanudaron su trabajo. Seguía siendo el mismo número, pero delante de mí ya no había tanta gente, aunque la esperanza no era mucha. El último empleo que me dieron se acabó hace dos meses. Cada principio de mes hay la posibilidad de recibir otro, si logras presentar tu solicitud...

Justo quince minutos antes de cerrar y gracias a que muchos se habían desanimado y no volvieron, me tocó mi turno. El empleado miró con desconfianza mis documentos. ¿Qué tenía que hacer ahí un maestro de literatura rusa? Me lo preguntó y le expliqué como pude. Se portó magnánimo y me incluyó en la lista para trasplantar flores. Además, como letrado, me puso de jefe de una brigada, lo que me dará 10 rublos más por hora. Me atreví a pedirle que fueran compatriotas. Sin responder, me entregó un papel que me garantiza trabajo durante cuatro meses. Mañana mismo, muy temprano, empiezo a llenar de flores las calles de Moscú.

7 de noviembre

Capítulo 8

EL TREN DE MIS SUEÑOS

El tren entra en la estación de madrugada. Quiero ser de los primeros en salir y por eso me acerco a la puerta antes de que se detenga por completo. Me pregunto cómo se dirá *provodnitsa* en español, no lo sé, en los trenes en México no las había y nuevamente siento la imposibilidad de nombrar algo que no tiene equivalente en mi vida pasada. La "sin nombre" está ahí, dándome la espalda, atenta al movimiento del tren y a lo que ocurre afuera. La puerta tiene varias secciones: una que hace de ventana y que es la que ha abierto ahora para asomarse y cumplir lo que su deber dispone, la parte baja la abrirá solo cuando el tren se haya detenido, entonces también nos apartará de un empujón a los impacientes y levantará un cuadrado metálico de nuestro suelo para descubrir los escalones. El andén se ve cubierto de nieve apisonada y en el mismo instante en que lo diviso empieza a desprenderse de un cielo muy oscuro una nievecilla ligera y brillante que parece hacerme guiños bajo la luz de los faroles. Muchas veces he soñado que al destaparse la escotilla no había ningún peldaño, solo una abertura renegrida de tan profunda, y yo tenía que dar un salto al frente para alcanzar el andén helado y resbaloso. No entiendo qué es lo que más me angustia en ese sueño, si el contraste entre el hoyo tenebroso y la nieve resplandeciente o la posibilidad de resbalar hacia las vías paralelas; simplemente me quedo inmóvil y sin habla mientras los demás pasajeros empiezan a empujarme. No puedo evitarlo, siento cómo caigo y mi corazón se estremece y algo se atora en mi garganta y no me deja respirar. Antes de estrellarme veo que ella, la "sin nombre", me observa desde abajo, toda blanca ya por la nieve húmeda que se ha pegado a su uniforme.

8 de noviembre

Capítulo 9

POR UNA LLAMADA TELEFONICA

Siempre he sabido cuando me engaña. Lo adivino por su forma de acicalarse y por la manera en que mira por la ventana como sintiéndose enjaulado.

El otro día su teléfono sonó a la hora de comer. Yo estaba de pie frente a él con la cacerola del guisado en las manos.

—Claro que puedo —dijo con cierta tensión en la voz.

Supuse que lo que podía era hablar.

—No, no te preocupes...

Intenté seguir sus ojos escurridizos.

—Preferiría dejarlo para el lunes o el martes. Bueno... si no puede esperar hasta entonces, trataré de pasar mañana.

Me irritaba su forma tan impersonal de decir las cosas. Seguramente pensaba que así no me daría cuenta de que hablaba con su nueva conquista.

—Lo sé, igualmente.

Esa frase y sus ojos risueños me recordaron nuestras charlas de novios cuando yo le decía algo cariñoso y él me respondía de esa forma tan original, según pensaba yo entonces: “lo sé, igualmente”. Me dio mucha rabia y sin esperar a que colgara, con una sola mano le lancé la cacerola encima. El reaccionó a tiempo y la cacerola se estrelló contra la ventana.

Por eso estoy aquí, doctor, porque él dice que me estoy volviendo loca. Claro, ¿qué más va a decir?, ¿que me engaña? No, señor, es más fácil acusarme de paranoica, ¿no cree usted?

9 de noviembre

Capítulo 10

HUMO

Los grupos de rescate vinieron a avisarnos que no abriéramos las ventanas y que colgáramos en ellas cortinas húmedas, que no saliéramos mucho y que si teníamos que hacerlo, usáramos máscaras antihumo. Yo me alegré porque al día siguiente nos tocaba el examen de física y seguía sin entenderla. Las noticias decían que muy pronto el fuego sería extinguido por completo, pero desde nuestra buhardilla veíamos arder los altos pinos como teas y no era necesario abrir las ventanas para sentir acercarse el olor de la quemazón. Mis padres se incorporaron a las brigadas voluntarias para ayudar a los bomberos en el bosque cercano y aunque a mí me pareció injusto, me dejaron con mi abuela y mis tres hermanos como si todavía fuera un niño. Eso fue el miércoles.

El domingo amanecimos con el pueblo cubierto por una niebla tan espesa que incluso con puertas y ventanas cerradas nos raspaba la garganta y nos sacaba lágrimas. Mis padres todavía no habían vuelto. Después de la comida mi abuela abrió el baúl donde guardaba lo que antes repartían a todos en caso de guerra nuclear. Eran cuatro las máscaras. Nos las dio a nosotros y nos ayudó a ponérnoslas.

—Vete siguiendo la cerca de los potreros hasta dar con la carretera y no pierdas a tus hermanos entre el humo —me ordenó.

Cuando salimos tomados de la mano, una casa cercana humeaba y un viento gris traía y llevaba chispas por toda la calle. Ya desde los potreros, me volví a mirar y vi que la humareda de los bosques había opacado el sol y ennegrecido el día. A través del velo ceniciento no se podía distinguir el caserío, solo columnas humeantes que se alzaban del lugar donde estaba. En la carretera había mucho ajetreo y tardaron en notarnos hasta que por fin nos recogió un camión de militares y nos trajo al refugio para siniestrados. Al subir al camión, yo les dije que nuestra abuela se había quedado en el pueblo y que habíamos visto arder algunas casas cercanas. Sin mirarnos, uno de ellos nos tranquilizó diciendo que tenían orden de recoger a toda la gente de los pueblos cercanos.

10 de noviembre

Capítulo 11

ENCUENTRO

Ayer me topé con un hombre de pocas palabras. Solamente usaba dos: «sí» y «no», pero con tan poco tino que le recomendé un curso de retórica.

—¿Le ayudará a mejorar su discurso? —le pregunté retóricamente.

—Quizás —me respondí yo misma.

Me empujó al salir del autobús.

Capítulo 12

SECRETO

Lo engañaba. Había empezado a hacerlo casi recién casados. Temblaba de miedo cada vez, pero no podía evitarlo.

—Adiós, señora —dijo la mujer de la limpieza.

Temerosa y llena de remordimientos, ella apenas asintió. Cuando regrese, él besará las manos que con esmero cuidan de su dulce hogar.

Capítulo 13

RUIDOS

Pues no es esta la tranquilidad que yo esperaba. Para colmo, nadie me cree que no vive aquí y menos aún, que no lo conozco... Espérame un momento, no cuelgues...
No, no es aquí. Perdone, no lo sé, acabo de cambiarme…
Sobre todo las mujeres no me creen y se enojan porque piensan que les estoy ocultando algo... De nuevo, no vayas a colgar...
Que no, le digo que no...
Con lo torpe que soy para los aparatos lo único que he logrado hasta ahora es bajarle el volumen, pero no sé por qué después de cierto tiempo vuelve al que tenía antes. ¿Lo ves? Ya están ahí...
No, aquí no vive ningún Igor...
¿No te has ido? Es que no para un momento...Y mira si es gracioso, cuando me lo dijeron en la agencia pensé que era cómodo tener uno en cada habitación... ¡Ay, Dios mío, ya está de nuevo! Un segundo, ¿sí?
Lo siento, no tengo ni idea...
Y yo que estoy esperando noticias del colegio ese nuevo que te conté. Prometieron hacerlo esta semana.
Sí, el número es ese, pero no es aquí...
¡Qué bueno que no pusieron otro en el cuarto de baño! Aunque desde allí también se escuchan sus repiqueteos… ¡Como para volver loco a cualquiera! ¿Que si les pregunto algo? No hace falta, están tan molestos que te lo cuentan sin necesidad de preguntas: parece que el inquilino anterior “vendía” de todo... ¡Oootra veeez! ¿Por qué no les habré dado a los del colegio mi número de celular?

Capítulo 14

UN DIA DE CALOR

Hacía mucho calor y aun bajo la tierra, en esa estación del metro, una de las más profundas de la ciudad, se sentía el bochorno. Igual que muchas otras personas ese día decidí escapar del asfalto ardiente y del smog de las calles, aunque no suelo entrar en el metro en las horas de mayor saturación, prefiero ir andando si tengo tiempo o tomar el autobús.

El gentío era tanto que en la escalera mecánica los de la izquierda no avanzaban, como deberían hacerlo, y todos descendíamos apretujados. Cuando me encontré en el centro de la estación, sentí cómo la multitud que me cercaba se replegó ante el embate de otra que intentaba salir. A mi alrededor la gente se empujaba y chillaba y yo intenté separarme pegándome a la pared, pero solo logré verme aprisionada entre los cuerpos y el mármol de las columnas. Durante un instante muy largo pensé que me quedaría así clavada como un bicho en un cuadrito. Entonces por uno de los altavoces se escuchó algo que no alcancé a distinguir y la gente que me rodeaba nuevamente comenzó a moverse embistiendo todo como culebra enloquecida. Mientras la muchedumbre se fundía en una sola en su deseo de salir a toda costa, yo pensé que no podría subir corriendo la escalera que, según recordaba haber oído, medía más de 70 metros. Como en sueños, sin poder reaccionar, miraba cómo unos se abrían paso a empellones y otros pasaban por encima de los caídos, a mí las piernas me temblaban, algo me aprisionaba el pecho y no me dejaba respirar, ya sin el estorbo ni el empuje de otros cuerpos me acurruqué junto a la columna mientras las sienes parecían a punto de estallarme...

Después supe que muchos murieron aplastados y que no hubo ningún incendio.

Capítulo 15

DUDAS

¿Cómo se lo digo? Es muy pequeño todavía. ¿Y si mamá se lo explica? No, no es buena idea. A ella tampoco le gusta Andrés. Empezará por decirme que no he escogido el mejor momento para casarme... como cuando le hablé del divorcio. "Bastante he hecho con cuidártelo mientras tú trabajabas"... así comienza siempre sus reproches. Qué alivio verlo ya crecidito... él solo hace sus tareas y prepara su mochila, "qué suerte nos ha tocado con su maestra, al nene le gusta mucho"... “el nene, ¿cuál nene?, ya va a primero”... “claro, como nunca lo ves, ni te enteras”... “una llamadita al año y ahí se acaban tus obligaciones de padre”. Dios mío, me estoy volviendo como mi madre... de cualquier forma es su papá y yo le colgué y después digo que no le llama. A él también tendré que decirle que me caso, como información, claro. Y con el niño, ¿qué hago? No puedo esperar a que se dé cuenta solo cuando vea los preparativos... porque se dará cuenta, ya no es un bebé.

Capítulo 16

ANTE EL ESPEJO

Siempre retrasa el momento de entrar en el cuarto de baño. En todos lo primero que advierte son los espejos; los hay pequeños y grandes, enmarcados o no, rectangulares, ovalados o redondos, imprecisos o nítidos. Este es bastante grande, medio cuerpo se refleja en él y parece tener aumento. Procura no mirarse mientras se lava las manos, pero finalmente levanta la vista y observa sus mejillas. El espejo las muestra brillantes y cubiertas de granitos, algunos se ven enrojecidos, otros tienen una punta blanca y uno que otro se ha reventado. Desvía la mirada y saca unos pañuelos para limpiar el exceso de grasa, uno diferente para cada mejilla. Vuelve a mirarse, donde ya no hay granitos han quedado cicatrices para recordar todas las veces que ella lo ha rechazado.

Capítulo 17

EL CORTEJO DE LOS COLEOPTEROS

Movió la cucharita en el vaso de plástico con el café de máquina y recordó el tiempo en que no sólo no había máquinas de café en los hospitales de Moscú, sino que además no te dejaban entrar. Los familiares debían esperar en casa y, por supuesto, nadie les llamaba para darles buenas o malas nuevas, ellos mismos tenían que comunicarse y preguntar por el estado de su pariente. Unicamente a la familia se le daba información, afortunadamente por teléfono no había manera de comprobar documentos. Así pasó cuando a ella la internaron: fueron los amigos los que se hicieron pasar por familiares.

Faltaba casi un mes para el parto y de pronto una madrugada despertó sintiendo una humedad viscosa en la entrepierna, descubrió que era sangre y le pidió ayuda a una vecina. La ambulancia llegó en un par de minutos, no como la de anoche que tardó más de media hora en aparecer. Claro que ahora el tráfico es de locura.

¡Qué susto les dio anoche la abuelita! Las dos temieron que se les moriría ahí mismo en la silla en la que estaba sentada para celebrar su cumpleaños. Por suerte, después de un largo desmayo, volvió en sí. La recostaron en el sofá para esperar a los médicos y retiraron la mesa que recogida era de trabajo y extendida se convertía en “mesa de banquetes”. No tuvieron tiempo de probar bocado.

Asimismo había estado ella aquel día. Desde que la llevaron en la madrugada no le dieron ni un vaso de agua seguramente porque esperaban que en cualquier momento empezaran los dolores de parto. No era dolor lo que tenía, era más bien como la sensación de incomodidad que precede a la menstruación y que te hace sentir el vientre inflado. Era también asombro de no estar gritando como las otras mujeres que ocupaban la sala. Las únicas contracciones que sentía eran las del corazón. Y miedo. Miedo a que no naciera el bebé que había estado esperando.

Anoche también la espera parecía interminable. Tuvo tiempo para recorrer un poco los lugares permitidos: la planta baja con la recepción, las máquinas de café y los asientos para los visitantes, la entrada de Urgencias. Escudriñó además con la mirada los largos corredores. No encajaban en sus recuerdos, aunque el hospital fuera el mismo. Cuando ella estuvo su único deseo era que se abrieran ya las puertas del quirófano y la metieran para acabar de una vez por todas con la incertidumbre. Anoche deseaba que se abrieran para ver salir por ellas a

la abuela tan animosa como siempre.

Cuando por fin se acercó el médico, su suegra estaba en el jardín tratando de localizar por teléfono a su hijo para contarle que la abuelita estaba grave. Así que le tocó a ella escuchar las explicaciones. “Es el primer aviso y pensamos que estará mejor en casa”, dijo el doctor. Ahí no había nada más que hacer, eso sí, prometió recetarles algunos medicamentos.

En el trayecto a casa, escuchó sin interés a su suegra comentarle que él no tomaba el teléfono y que le había tenido que enviar un mensaje para que se comunicara. No era nuevo para ella. Sabía que él, como siempre, andaría vagando entre altas hierbas ocupado en hacer fotos del cortejo de los coleópteros… como cuando ella perdió a su hijo bajo el techo del mismo quirófano donde habían atendido a la abuela de su marido.

Capítulo 18

LA LLORONA

Tantos golpes soportados. Tanto repetirlo: “Esta vez sí... agarro mi maleta y me voy”.

Tanto imaginársela: azul celeste, enorme como el baúl de la abuela, entrañable y llena con las ropitas del bebé... Ahora la tiene ahí en el suelo, abierta, destripada... como se sintió ella después de que le dijeron en el hospital que las patadas que los dos recibieron habían afectado mucho al bebé y que no habían podido salvarlo… Tiene la maleta ahí en el suelo y no sabe qué ponerle adentro para irse.

Tanta es su tristeza que se echaría a la calle como la Llorona para gritar: “¡Aaaay, mi hiiijoooo!”

Capítulo 19

RECUERDOS

Estaba limpiando la nieve frente a la casa cuando pasaron la primera vez. Iban tan abrigadas que sólo se les podía ver la cara redonda, los ojos risueños y las mejillas encendidas por el frío. Arrastraban un pequeño trineo en el que habían sentado una muñeca vestida casi como ellas y se turnaban para echarse a correr con él. El trineo empezaba deslizándose ligero, luego tropezaba, se hundía o se volcaba en la nieve que aún no habían recogido los vecinos. Si la muñeca resbalaba, la niña que iba detrás la recogía y la volvía a sentar en el trineo.

Para no mirarlas más, me puse a palear la nieve con mayor fuerza, pero sus gritos y risas se escuchaban por toda la calle. A su regreso, se detuvieron a observar el montón de nieve que yo había formado entre los abedules; para sus tres o cuatro años debía ser una gran altura. Tal vez ya se habían aburrido de correr porque empezaron a buscar la forma de subirse al montículo con todo y trineo. Por suerte, en ese momento alguien las llamó y yo me obligué a entrar para no seguir imaginándome a mi hijita, que ya no puede correr junto a ellas.

Capítulo 20

PERCANCE

El consumo ocasional y mesurado en reuniones sociales me hacía concebir el alcoholismo como un percance más que tiene lugar en la vida de los habitantes de barrios sórdidos. Fenómeno relacionado con la indigencia y la imposibilidad de realización personal. Motivo de sucesos desagradables explotados por la prensa y obviamente, muy distantes de todo lo mío.

Y de pronto, descubro a mi propio hijo y aparecen en mi vida botellas, vasos, puertas aporreadas, pasos inseguros, más botellas y vasos, gritos a voz en cuello, ojos alucinados y boca babeante, vasos, botellas, palabras disparatadas, llanto sin motivo y el asqueroso olor a vómito...

Capítulo 21

SALIDA AL CAMPO

Fuimos a Sjodnia, que está a unas dos horas de Moscú, porque a Katia le habían prestado una casa en ese pueblito y decidió invitarnos a todos los amigos a pasar el fin de semana con ella.

Era una casa bastante amplia en comparación con nuestras habitaciones de la residencia de estudiantes de filología. Ella misma decidió que el dormitorio, que tenía dos amplias camas, era para las familias: Nastia con su marido y sus dos pequeñas y Olga con sus dos niños. En la sala Katia y yo ocuparíamos el sofá cama y en la cocina se acomodarían Alexei y Antón, los solteros del grupo.

Aunque diferentes en el carácter, teníamos muchas cosas en común, aparte de la filología. Todos habíamos salido muy jóvenes de casa, por ejemplo, y ninguno contaba con el apoyo de la familia, sobre todo Katia que no tenía más parientes que un hermano alcohólico.

Yo entendía perfectamente que Katia nos había invitado para ver a Alexei. Llevaba ya dos años obsesionada por algo que tal vez para él fue un simple acostón después de una fiesta de estudiantes.

Hacía calor y pasamos el sábado en el jardín y la huerta donde los típicos manzanos crecían rodeados de altas ortigas y amapolas silvestres. Nosotros habíamos llevado dulces sandías del Cáucaso, verduras y muchas cosas más para comer. Además para los niños mors, bebida hecha de frutas, y para los adultos té y vodka. Nastia se ocupó de la comida mientras su marido y los cuatro niños comparaban saltamontes y cigarras, yo escuchaba las nuevas confidencias de Katia y Olga convencía a Alexei y Antón de reparar la puerta del excusado de madera que se encontraba al fondo.

A Katia no le gustó cómo Alexei miraba a Olga ni que se hubiera ofrecido a ayudar a Nastia. “A estas señoras no les basta con tener un marido”, me dijo, y me pareció que no tardaría en disgustarse. De ruidosa y alegre podía volverse muy irritable. La mayoría éramos bastante pacíficos y creo que a todos siempre nos intimidaban un poco sus reacciones explosivas. Intenté distraerla contándole lo último que había leído, pero me escuchaba a medias y continuaba espiándolo.

Nos quedamos hasta muy tarde sentados en la terraza, charlando y saboreando el vodka. Los niños se habían quedado dormidos y Nastia propuso acostarlos. Su marido se encargó de llevarlos a todos a la cama

mientras ella ponía la tetera en el fuego. Yo continué charlando con Antón y Katia sin poner mucha atención en que Olga y Alexei se hubieran alejado del grupo. Como el servicio se encontraba en la parte oscura del jardín, al lado de una cerca casi derruida que daba al camino, era lógico ir acompañada.

Nos dimos cuenta de su rabia sólo cuando Katia le arrojó a Alexei la tetera con la infusión ardiente. Después, quiso echársele encima a Olga que se escurrió y fue a esconderse en el dormitorio. Afortunadamente Alexei reaccionó a tiempo y las quemaduras no fueron serias. Todos le ayudamos con los remedios que teníamos a mano. Katia se quedó en la terraza hasta que amaneció.

Por la mañana, Antón y Alexei aprovecharon el desayuno para marcharse a la estación y volver a Moscú. Los demás nos quedamos con la intención de tranquilizar a nuestra anfitriona.

Desde entonces no volvimos a reunirnos todos y ya casi me había olvidado de ese último fin de semana hasta ayer que al recibir el correo de Nastia, sentí lástima de que nuestro grupo se hubiera separado así.

Capítulo 22

VIAJE

Cuando mis ojos se abran a la otra vida, de inmediato sabré si tú ya has llegado.

Capítulo 23

NOCHE DE VIENTO

Como árbol desperté en mi sueño: me sentí viejo y quejumbroso, castañeaban todas mis ramas y tiritaban de frío mis hojas. El viento con ululantes bocanadas me zarandeaba tronco y ramas enredándose entre mis hojas y destrozando antiguos nidos. Se desperezaron mis raíces y al suelo se afianzaron. Más tarde, mecido por alegre viento, como árbol me dormí de nuevo.

Capítulo 24

RECUERDO

Primer invierno en esta tierra: un domingo de alto y claro cielo, blanca tapia del cementerio, bajo los pies copiosa nieve que envuelve también las enrejadas tumbas. El grueso tronco de un árbol me resguarda las espaldas del viento helado. Mientras las manos frías se esconden en el voluminoso abrigo, fijo los ojos en las cúpulas de una iglesia detrás del muro, escucho sonar las campanas y lo que me dicen no lo entiendo.

Capítulo 25

SIN CASA

Elizaveta Petrovna y Boris Aleksandrovich se conocieron en la universidad y siendo aún estudiantes se casaron y tuvieron una hija aprovechando todas las facilidades que les daba la época soviética (beca, ayuda económica y/o alimentos gratuitos para el bebé, residencia especial para estudiantes casados o con hijos, descuento en el comedor, posibilidades de estudiar sin asistencia obligatoria, etc.). Al obtener su título, ambos lograron quedarse a trabajar en el departamento donde escribieron y defendieron su trabajo final, ahí mismo hicieron un postgrado y continuaron laborando durante casi una década con el único objetivo de ocupar algún puesto de dirección entre los 30 y 35 años de edad y recibir por fin una vivienda individual, ya que habitaban en una compartida. Cuando cumplieron los 30 empezó la perestroika y al igual que muchos, se entusiasmaron sin pensar en que las consecuencias de un cambio en el sistema deberían afectar su propio esquema de vida.

Cambió el sistema sin darles tiempo ni a escalar al puesto soñado ni a recibir el deseado apartamento. Pasaron unos años muy duros a partir del 93 cuando, sin despedir al personal ni cerrar, las organizaciones estatales dejaron de pagar salarios. Educados en el sistema anterior, continuaron ahí soportando esas condiciones, sin atreverse a buscar algo en las empresas privadas que comenzaban a aparecer. Finalmente, cansada de esperar una mejora, Elizaveta Petrovna lo hizo en el 97, con tan mala suerte que la compañía en la que había encontrado empleo, cerró al año siguiente a causa de la devaluación. Ese mismo año Boris Aleksandrovich fue por fin despedido de la facultad con el recorte de personal al que tantas largas se le había dado.

En el 98, su hija María, que al igual que sus padres se casó cuando era estudiante, decidió divorciarse e irse a Canadá a buscar fortuna. A sus padres les dejó encargado a Sasha, de 3 años. Elizaveta Petrovna se encontró de pronto con un problema que nunca había tenido: ¿cómo cuidar de un niño pequeño para el que ya no existían guarderías gratuitas ni alimentos subvencionados por el estado?

A sus 43 años Elizaveta Petrovna se vió obligada a quedarse en casa para atender al niño y prácticamente a empujones hizo salir a Boris Aleksandrovich a la calle a buscar trabajo, pero nadie necesitaba un empleado cuarentón y sin ningún sentido práctico. Junto con uno de sus vecinos, antiguo zapatero, acabó abriendo un taller clandestino de zapatería en su mismo apartamento, en una habitación que había quedado libre porque la persona que vivía allí logró juntar, de alguna

forma inexplicable para todos los demás, lo necesario para comprarse un apartamento independiente; al año de trabajar juntos, el vecino murió de una enfermedad mal atendida y Boris Aleksandrovich, presionado por Elizaveta Petrovna, continuó solo con el taller.

Ya en el siglo XXI, tres años después de que su hija se marchara, Elizaveta Petrovna se cansó de esperar que cambiara la vida. Durante esos años el niño había sido un consuelo para sus abuelos, pero también una gran responsabilidad económica y por ello mismo, un motivo más para sus discusiones. María no solamente no había vuelto por Sasha, sino que no les enviaba ningún tipo de ayuda. Elizaveta Petrovna estaba harta de la falta de dinero y de los pleitos con los vecinos que, además, los acosaban amenazando con denunciar el taller clandestino. Como en su marido no tenía ninguna esperanza, decidió que debían vender su cuarto en el mercado negro (donde el precio era mejor) y con ese dinero comprarse una pequeña casa en algún pueblo donde pudieran mantenerse del huerto mientras su hija volvía por el niño. Pero Boris Aleksandrovich no estuvo de acuerdo con los planes de su mujer y de antemano se negó a firmar cualquier contrato de compra-venta. Ella consultó a los especialistas de una agencia que operaba en el ramo desde el inicio de los 90 y tenía gran experiencia en "casos difíciles". Le sugirieron dos formas de solucionarlo: falsificar la firma de su marido (cosa que tendría que hacer ella) o conseguir un acta de defunción falsa. En esto último la agencia podría proporcionarle ayuda recurriendo a sus contactos y cobrando una módica suma por el servicio, suma por la que no se le daría ningún tipo de recibo. Elizaveta Petrovna consideró que contando con una casa y un huerto en algún pueblo alejado no tendría ninguna importancia que su marido, como fallecido, no pudiera recibir una pensión. De cualquier forma, le parecía muy lejana esa posible pensión, ya que los dos ni siquiera habían cumplido los 50. Elizaveta Petrovna hizo un último intento de convencerlo e incluso le comentó lo que pensaba hacer en el caso de que no accediera a firmar. Dejaron de hablarse. Boris Aleksandrovich podía evitarlo denunciándolos a la policía, pero no se decidía. Eran muchos los viejos miedos que aún conservaba.

A Elizaveta Petrovna le quedaba un poco de dinero en una vieja cuenta de ahorros y un día, cuando fue a sacar algo para comprarle un impermeable a Sasha, se encontró con que apenas tenía lo suficiente para hacerlo. Después de la tienda se fue directo a la agencia para iniciar los trámites de venta. Una tarde de esa misma semana, cuando Boris Aleksandrovich volvió a su cuarto, no encontró ni a su mujer ni a su nieto, en lugar de ellos había una cuadrilla de albañiles que había echado fuera del cuarto sus pertenencias. Entonces fue a presentar una denuncia en la policía. Después de una corta investigación, le informaron que en unos cuantos días el cuarto había sido vendido y traspasado varias veces y que no era posible anular la venta porque ya se encontraban implicados compradores

que, según la ley, habían actuado de buena fe.

Boris Aleksandrovich no intentó encontrar a su mujer, como ella tal vez esperaba; por el contrario, se quedó en Moscú durmiendo donde le hacían el favor de permitírselo algunos conocidos. A mediados de su primer invierno sin casa, lo encontraron muerto en uno de los tantos pasos subterráneos de Moscú.

Capítulo 26

MIKHAIL Y ANTOSHKA

NOTA ROJA

Físicamente era un ruso típico del centro del país: de piel blanca, cabello castaño, de estatura media (alrededor de 1.80 m); en cambio, según los vecinos, en su carácter parecían influir más los genes de su padre de origen caucásico. Se llamaba Mikhail, tenía 36 años y usaba el apellido de su madre para adaptarse mejor al Moscú discriminativo de la época moderna. Antes de ser asesinado era dueño de una tienda de alimentos en uno de esos barrios céntricos llenos de oficinas y boutiques caras, donde los habitantes pueden encontrar de todo menos comida. Estaba casado con Irina, una mujer guapa, delgada, unos 5 centímetros más alta (tal vez porque usa tacones de aguja como muchas moscovitas) y bastante más joven que él. Hacía tiempo ya que la tienda tenía tantos clientes que Mikhail no se daba abasto, pero durante varios años prefirió seguir haciendo el trabajo solo antes que permitirle a su mujer lucirse ante los clientes. En el barrio se hablaba mucho de lo celoso que él era. Como a Mikhail no le gustaba que ella saliera, Irina pasaba mucho tiempo viendo telenovelas latinoamericanas, aunque la verdad es que de soltera ya era aficionada a ellas y se moría por los galanes de labios sensuales y bigotito. Incluso el mismo Mikhail, cuando eran novios, tuvo que dejarse el bigote para lograr que ella aceptara su propuesta de matrimonio. En cuanto se casaron se lo afeitó.

Hace unos ocho meses Mikhail contrató como ayudante a Vladimir, un viejo conocido con el que solía jugar al ajedrez una vez por semana en un café cercano. Estaba tan contento con su trabajo que pronto empezó a llamarlo Vlad e invitarlo a su casa a jugar la partida de ajedrez semanal mientras bebían el café que Irina les preparaba. Vladimir se dejó crecer el bigote y a Mikhail no se le ocurrió relacionarlo con las manías de Irina hasta que la semana pasada, al volver a casa, encontró una nota de su mujer diciéndole que se iba a vivir con Vladimir.

Mikhail pasó varios días sin salir de su casa pensando en qué hacer. Cuando por fin lo hizo, se fue directo a abrir la tienda y entre los primeros clientes apareció Antoshka, uno de esos alcohólicos desarrapados de los que se suele decir que son capaces de matar a su madre con tal de conseguir dinero para la siguiente botella. Lo más notable de su físico son la cara y las manos enrojecidas. A finales de otoño y en invierno Antoshka, que siempre va mal abrigado, parece más bajo de lo que es, encogido por el frío. Desde hace unos 10 años vive en la calle, pero de noviembre a febrero suele refugiarse en el sótano del edificio donde se

encuentra la tienda de Mikhail, ahí mismo se ha llevado a vivir a Masha, una mujer con la que comparte el gusto por el vodka. Mikhail le propuso matar a Vladimir a cambio de cierta suma y le dio como anticipo una botella de vodka. Esa misma tarde, aprovechando que en invierno oscurece pronto, Mikhail se fue con Antoshka para mostrarle el lugar por el que debía pasar Vladimir. Pero Antoshka al que acuchilló fue a Mikhail. En la policía dijo que lo había matado porque el tal Vladimir no acababa de llegar, hacía mucho frío y él quería volver ya al sótano donde lo esperaba su amasia. En lugar de eso, se detuvo en la tienda de Mikhail para sacar comida, vodka y el dinero que quedaba en la caja. Fue allí donde lo detuvieron los agentes.

Capítulo 27

DIALOGO

En la sala-comedor de una casa más bien modesta, sentada a una mesa para 12 personas, se encuentra una mujer de unos 40 años. La sala-comedor está separada de la cocina por un medio muro. Desde su sitio en el comedor mira trajinar a su madre en la cocina. Más allá, en un sillón de la salita está sentado su hermano de 25 años. El escucha música de un radio y dibuja algo para un niño de unos cinco años que juega a sus pies.

—Mamá, hace tiempo que Alfonso me pide que me vaya al norte a vivir con él...

—Allá tú, ya no eres una niña. Cuando tuviste a Pablito, ¿viniste a preguntarme?

—Ay, mamá, ya vamos a empezar con lo mismo. ¿No puede uno equivocarse?

—¿Y cuándo te fuiste con el otro? ¿Y cuándo lo dejaste y volviste? ¿Me preguntaste lo que yo pensaba?

—¿No podríamos hablar sin recordar lo pasado?

La madre pone el comal haciendo bastante ruido y comienza a tostar unos chiles.

—¿Te llevarás al niño?

—No puedo, él no lo entendería.

—¿Qué es lo que no entendería? ¿Que una madre quiera vivir con su hijo? Si lo fueras de verdad...

—¡Mamá, por favor! ¿Cómo querías que lo atendiera y trabajara? ¡Qué culpa tengo de mi mala suerte!

—Pues no será porque aquí no te ayuden. Mírame, a mis años todavía tengo que andar todo el día de arriba a abajo, aunque a mis hijos ya los tengo criados... Mira a mi chiquito con sus veinticinco...

Las dos callan sin mirarse.

—Tú sabrás si te vas a vivir con ese viejo, pero deberías hacerte cargo de tu niño.

—¿Y si Alfonso no quiere? ¿Qué debo hacer según tú? ¿Llevármelo a vivir a la calle?

En la salita su hermano sube el volumen del aparato de radio.

—Ya no estamos en tus tiempos, mamá.

—Tienes razón, ahora estamos en los de la sinvergüencería. Ahora todos se juntan y cuando les viene en gana, cada quien por su lado...

La madre se acuerda del comal y se va a darles vuelta a los chiles antes de que se quemen.

—Yo vendría a visitarlos y si me va bien, a lo mejor me lo podría llevar el año próximo.

—¿Tú misma crees en eso que acabas de decir? ¡Demasiado fácil te salen las promesas! Todavía estamos esperando que nos cumplas la de hace 5 años... ¡Lo único que falta es que nos traigas otro para el año que viene!

La mujer se levanta bruscamente y la silla se tambalea. De un puntapié termina de tirarla. Sale del comedor y golpea la puerta con rabia. Su madre baja la vista y se ocupa en limpiar los chiles. En la salita el niño sigue jugando. Su tío le toca el hombro y le muestra el dibujo. El niño parece comentarle algo haciendo señas con sus manos.

Capítulo 28

TEMORES

Les pregunté si la habían enterrado bien, si estaban seguros de que el viento y la lluvia no lograrían arrancar el ataúd de su tumba, pero nadie supo contestarme.

Capítulo 29

LEYENDA

Cerca de su cama, en una cajita almohadillada, tenía una mano a la que le gustaba despertarlo de madrugada para escribir historias de muertos desdichados y cuerpos putrefactos. Dicen que un día la extravió o la dejó por ahí empeñada y no pudo soportar la vida sin ella.

Capítulo 30

MESTIZA

Al saludar su voz parecía la de una adolescente. Era de figura menuda y ojos casi sin color, de tan claros, aunque ella los recordaba a veces grises, a veces azules. En invierno la veía frecuentemente junto a la toma de agua, lugar en el que toda su atención ocupaba el subir o descender del montículo de hielo formado alrededor.

Eran ya muchos los años que tenía en realidad y no se llamaba ni Soledad ni Angustias. Nació en la tierra y en los tiempos en que a los niños les daban nombres como Revolución, Octubre, Electrificación. A ella sus abuelas le pusieron Babel porque en su persona se entrelazaron diferentes razas y lenguas.